

No soy un mal padre

El del vino

Los borrachos o el triunfo de Baco - Velázquez

Ese soy yo, el del sombrero negro, el que está en medio del grupo cuando bebemos, el que aguanta la jarra con fuerza porque no sabría que hacer si no la tuviese en mis manos. No pienso demasiado en lo que hago, nunca he sido de pensar. El vino entra, baja y se queda, y con eso basta. Cuando estoy con los otros, sentado cerca del dios coronado de hojas, no me siento menos ni más que nadie. Solo un hombre que bebe, como tantos.

Aquel día bebimos largo rato. El vino era espeso y dejaba la lengua torpe. Reíamos, empujándonos, diciendo cosas sin sentido. Yo bebía más rápido que los demás y no me importaba. El calor me subía al pecho y me aflojaba el cuello. Notaba el cuerpo pesado, pero firme. Cuando me levanté para volver a casa, ya llevaba el vino metido bien dentro, lo suficiente como para que todo me diera igual, pero lo adecuado como para no caerme.

Entré en casa sin cuidado. La puerta golpeó la pared y el ruido resonó dentro. Ella estaba sentada, cosiendo a la luz pobre. Al verme, dejó la labor y se levantó despacio. No habló enseguida, pero su cara ya decía demasiado. Me preguntó dónde había estado y por qué llegaba así. No gritó, no lloró. Eso me sacó de quicio. Le dije que cerrara la boca. Se acercó un poco, quizá para ayudarme a quitarme el polvo, quizá para decir algo más. Le di una bofetada con fuerza suficiente para que la cabeza se le fuera a un lado y perdiera el equilibrio. Cayó sentada contra el banco y se quedó quieta unos segundos, llevándose la mano a la cara.

Cuando intentó levantarse, fui hacia ella. La agarré del brazo y tiré. Noté cómo se quejaba al apretarle. Le di un puñetazo en el vientre, seco, sin levantar mucho el brazo. El aire se le fue de golpe. Se dobló sobre sí misma y cayó al suelo. Vomitó un poco y empezó a toser. Le dije que era culpa suya, que siempre tenía que hablar cuando no debía. Le di una patada en la espalda, justo debajo del hombro. Se arrastró un poco, dejando un rastro de saliva y bilis en el suelo. Cuando trató de ponerse a cuatro patas, le di otra patada en el costado. Se oyó un golpe sordo, profundo. Gritó mi nombre.

Los niños se despertaron. El pequeño lloraba desde la cama, el mayor apareció en la puerta, rígido, con los brazos pegados al cuerpo. La niña estaba detrás, sin decir nada. No los miré mucho. Le grité al mayor que se fuera y no se movió hasta que volví a gritarle. Entonces se llevó a los otros.

Ella seguía en el suelo. Intentó incorporarse apoyándose en la pared. La agarré del pelo y la arrastré un poco hasta que la cabeza le golpeó la madera. No muy fuerte, pero lo bastante para que se quedara aturdida. La solté y cayó de lado. Respiraba mal, con un ruido húmedo en el pecho. Me senté en el banco y me serví vino. Me temblaban las manos, pero al beber se me pasó. Ella no se levantó durante un rato. Cuando lo hizo, se movía despacio, doblada, con la cara hinchada y sangre seca en el labio.

A la mañana caminaba con dificultad. Tenía un ojo cerrado de la hinchazón y el costado morado, casi negro. Aun así, encendió el fuego, amasó el pan y dio de comer a los niños.

Es que esa es su función, encender el fuego, amasar el pan y dar de comer a los niños. Cada vez que se agachaba o se giraba, apretaba los dientes y se quedaba quieta un segundo, que rabia me generaba, verla quejarse, por qué he de aguantar yo sus estúpidas quejas, por qué.

Me senté en el poyo de la casa y bebí lo que quedaba del día anterior. El vino me bajó caliente y me calmó la cabeza, Mariano, el alcalde, tendría que cambiar el nombre de la plaza, que actualmente se llama “La plaza de los pajaritos” por el nombre del descubridor del vino. ¡Qué gran persona la que descubrió este maravilloso elixir!

No siempre es igual, hay días en que basta un empujón, otros en los que la cosa va más lejos. Una vez le tiré un plato a la cara porque la comida estaba fría, es que estaba realmente fría. Le abrí la ceja. La sangre le corría por la frente y le caía en el ojo. Le dije que se limpiara y que dejara de manchar el suelo. Otra vez la empujé contra la mesa y se golpeó las costillas. Estuvo días sin poder respirar hondo. Aun así, continuaba haciendo lo que tenía que hacer.

Los niños no molestan mucho, el mayor evita cruzarse conmigo. Cuando paso, se queda quieto. La niña apenas habla. Me mira con esos ojos fijos que no aparta. El pequeño se esconde o se orina encima cuando grito. No sé cómo comportarme con ellos, nunca lo he sabido, nunca creo que lo necesite saber.

No soy un hombre malo, trabajo cuando hay trabajo. Traigo lo que puedo. En esta casa nunca ha faltado pan. El vino cuesta, pero lo consigo. Lo demás son cosas que pasan dentro de las casas y no le importan a nadie. Así ha sido siempre. Mi padre hacía lo mismo y miren, yo salí adelante.

Sé que el vino me cambia. Lo noto en el cuerpo, en cómo se me tensan los brazos y en cómo me arde la cabeza cuando alguien me contradice. Sé que sin vino me pongo nervioso, me duele todo y no aguanto el silencio. Con vino, al menos, todo se mueve y no tengo que pensar.

A veces, cuando estoy solo un rato y no he bebido aún, veo su cara como queda después de los golpes. Veo a los niños callados. Eso me molesta. Entonces bebo para que se me pase.

Cuando estoy con los otros, cuando levantamos la jarra y bebemos hasta que la boca se me queda seca y la lengua pesada, no pienso en nada más. El vino baja, se queda y manda. Yo obedezco.